

Los hermosos gitanos (No sea payaso, doctor)

Por Sergio Zurita

Personajes:

Gabriel Echenique, siquiatra

Juan Grete, comediante

Ella, mujer arquetípica

ELLA trae puesto un atuendo circense, rojo, con plumas en la cabeza y medias de red. Está amarrada a una tabla circular, que parece ser un blanco de tiro, aunque también podría ser una de esas ruedas que hacen girar los magos para practicar la hipnosis.

Ella: De niña debo haber sido insoportable. Vivía en un pueblo muy chiquito. Luego supe que era chiquito, porque para mí era el mundo entero, y yo era la princesa de ese mundo. Mi papá era el cacique del pueblo. Todavía recuerdo la primera vez que oí esa palabra: *cacique*. Me gustó muchísimo. Y yo era *la hija del cacique*. No estaba muy segura de qué significaba, pero sabía que era una de esas palabras con veneno en los colmillos. Tampoco estoy muy segura de qué significa eso, pero hay palabras que lo tienen y palabras que no. *Tatuaje* tiene veneno en los colmillos, y *barraca*. En cambio, *platillo* no lo tiene, y *cubeta*, tampoco. Pero *balde*, sí. Aunque balde y cubeta quieran decir lo mismo, una sí tiene colmillos y veneno y la otra no. Así que yo era la hija de un rey que tenía veneno en los colmillos, la princesa de todo lo que se alcanzaba a ver desde mi habitación, que era la más alta de una casa enorme, donde mi papá y yo vivíamos solos, con muchos sirvientes. Él casi siempre andaba de viaje, pero el poco tiempo que estaba en casa, éramos inseparables. Hasta que yo cumplí once años y me empezaron a gustar los hombres y ya no quería estar con él cuando regresaba de viaje. Entonces empecé a ocultarle cosas. Él lo sabía y me odiaba por eso. Nunca me pegó, pero varias veces estuvo a punto, cuando se daba cuenta de que había cosas que no le iba a contar nunca. Cosas que ni siquiera eran hechos, sino sentimientos, ideas. Él decía que todas las mujeres de su vida habían tenido un mundo aparte de él, un “jardín secreto” –así le decía- donde le tenían prohibida la entrada. Por más amor, por más violencia, por más torturas a las que sometiera a sus mujeres -mi madre incluida- ese jardín secreto estaba vedado para él. Y la sola idea de un lugar al que no tuviera acceso, aunque ese lugar estuviera en el alma de su hija, lo volvía loco. “Para eso tuve una hija, Tamara. Precisamente para que no me niegue el acceso a ninguna parte. Y ahora tú también me sales con esto, igual que tu madre y tu abuela. A ti no te mato porque te quiero más que a mi vida”. “A ti no te mato”. “A *ti* no te mato”. “A *ti* no”. Poco después de que me dijo eso, llegaron las fiestas del pueblo. A mí me gustaban mucho porque había fuegos artificiales y rueda de la fortuna y la gente se dormía tarde. Pero cuando cumplí once años me gustaron más, porque mi papá no se aparecía nunca por la casa y porque llegaron los gitanos. Los gitanos son hermosos. Tienen los ojos azules, azules, y saben leer las cartas y hacer malabares y acrobacias. Y tienen animales que se comportan como humanos. Y buscan las paredes más blancas de cada pueblo para pa-

sar películas mientras tocan el violín. Llegan y luego se van, porque son libres. Fernando era gitano. Sabía hacer muchas cosas, pero su especialidad era el lanzamiento de cuchillos. Su papá era el mejor lanzador de cuchillos de todo el mundo. La primera vez que platicamos, Fernando me dijo que había ido al pueblo muchas veces, pero yo nunca lo había visto. O no me había fijado. Él me dio mi primer beso. (*El blanco de tiro comienza a girar.*) Y el segundo y el tercero... Me besó durante toda una semana. Y luego me enseñó a lanzar el cuchillo. Y yo lo enseñé a leer un poco, y a escribir su nombre. Éramos tan felices, que durante varios días se me olvidó que él solamente estaba ahí de paso. Me acuerdo que en un momento, cuando estaba colgada del blanco, girando, mientras él me lanzaba cuchillos, pensé: “Nadie ha sido más feliz de lo que yo soy ahora”. Bastó eso para llamar a la desgracia. Entonces entendí que cuando Fernando se fuera, me iba a doler como si me arrancaran un brazo. (*El blanco deja de girar.*) El blanco dejó de girar, y Fernando me dijo que ya estaba lista para lanzar los cuchillos con mayor grado de dificultad. (*Se baja del blanco.*) No me acuerdo en qué momento le dije que sí, pero un segundo después estaba amarrado sobre la rueda y yo tenía los cuchillos en la mano. Me dijo que no tuviera miedo, y como no me atrevía, empezó a insultarme. “Niña chiqueada”, me decía. “No seas miedosa, pinche caciquita”. Entonces lancé el cuchillo. Se le clavó exactamente en el corazón. Se murió de inmediato. (*Hace girar el blanco.*) Lo peor todo es que, por más vueltas que le doy, nunca he estado cien por ciento segura de haberlo matado a propósito. No quería que se fuera, pero de ahí a clavarlo como mariposa... A veces creo que es peor no estar segura de ser culpable. Si estuviera segura de que lo soy, podría arrepentirme, hacer penitencia, pedir perdón. Pero no puedo. Y tampoco puedo olvidarlo así nomás. Estoy en medio. En la cuerda floja. Desde que se murió Fernando, los gitanos no volvieron a ir al pueblo. De eso sí, yo tuve toda la culpa. De lo otro, nunca he sabido.

Ella sale. Aparece el Dr. Gabriel Echenique. Está en su consultorio. Tiene aspecto de no haber dormido en varios días. Parece muy preocupado. Tiene en la mano un hoja de papel. Se aclara la garganta y luego lee, como si estuviera frente a un público.

Echenique: “El amor y el enamoramiento son dos cosas muy distintas. De hecho, son opuestos. El amor es la ausencia de ego, mientras que el enamoramiento es un viaje de ego desmedido. Si uno está enamorado de alguien, lo que ve en ese alguien es un reflejo de sí mismo. De sus gustos y de sus anhelos. De lo que le gustaría ser, del paraíso que perdió en la infancia. Entonces, es absolutamente incorrecto que un enamorado le diga ‘te amo’ al objeto de su enamoramiento. Hasta podría afirmarse que no tiene derecho a decirlo sino hasta que el enamoramiento –que, por otro lado, no dura más de un año- se haya terminado. Entonces, y sólo entonces, se puede decir ‘te amo’”. (*Deja de leer.*) Eso es todo lo que llevo. El congreso está a la vuelta de la esquina y apenas llevo uno, dos, tres... ocho renglones. A ver, ahí están las diferencias entre el amor y el enamoramiento, ¿y luego? Digo, porque con lo que llevo, la ponencia podría llamarse “Prohibido decir te amo”. ¡Qué horror!... (*Se lleva la mano al pecho.*) Ay, otra vez me está doliendo el pecho. ¿Me estará dando un infarto? Por si las dudas... (*Rompe la hoja de la ponencia y tira los pedazos a un cesto rebosante de basura.*) No vaya a ser que me muera y me publiquen esto como homenaje póstumo. Pero no me voy a morir. Estoy bien, estoy bien. A ver, un tafilito.... (*Saca una tira de pastillas de un cajón y se toma una. Respira hondo. Su respiro se convierte en un suspiro.*) ¿Y si escribo lo primero que se me ocurra?

Aparece Ella, bajo la luz de un seguidor, vestida igual que en la escena anterior. Se acerca a un viejo micrófono montado en su base.

Ella (*al micrófono*): Es perfectamente posible que una serie de acontecimientos aislados terminen entrelazándose.

Si hago una lista de cosas que no tienen nada en común, ya tienen algo en común: están en esa lista. Y me tienen en común a mí, que la hice, y a ti, que no te me sales de la cabeza.

Echenique la contempla, extasiado. Suspira. Comienza a sonar "These Foolish Things", en la versión de Bryan Ferry. Ella se pone un sombrero de copa como el de Marlene Dietrich en El ángel azul, y canta.

Ella: Oh will you never let me be?
 Oh will you never set me free?
 The ties that bound us, are still around us
 There's no escape that I can see
 And still those little things remain
 That bring me happiness or pain
 A cigarette that bares a lipstick's traces
 An airline ticket to romantic places
 And still my heart has wings
 These foolish things remind me of you.
 A tinkling piano in the next apartment
 Those stumblin' words that told you what my heart meant
 A fairground's painted swings
 These foolish things
 remind me of you.
 You came,
 You saw,
 You conquered me
 When you did that to me
 I knew somehow this had to be
 The winds of March That made my heart a dancer
 A telephone that rings But who's to answer
 Oh, how the ghost of you clings
 These foolish things
 Remind me of you
 First daffodils
 And long excited cables
 And candle lights
 A little corner table
 And still my heart has wings
 These foolish things remind me of you

Echenique: No. No puedo escribir lo que se me ocurra, para eso se necesita tener gracia. La gente con gracia puede escribir algo sin mayor sustancia y salirse con la suya, porque la risa difumina las imprecisiones. A los que no tenemos gracia, en cambio, no nos queda otro camino que la perfección.

Ella: The park at evening

When the bell has sounded
 The pier in France
 With all the gulls around it
 The beauty that is spring
 These foolish things
 Remind me of you
 How strange,
 How sweet,
 To find you still,
 These things are dear to me
 They seem to bring you near to me
 The sigh of midnight trains
 At empty stations
 Silk stockings thrown aside
 Dance invitations
 Oh how the ghost of you clings
 These foolish things
 Remind me of you
 Gardenia perfume
 Linger on a pillow
 Wild strawberries
 Only seven francs a kilo
 And still my heart has wings,
 These foolish things,
 Remind me of you
 The smile of Garbo
 And the scent of roses
 The waiters whistling
 As the last bar closes
 The song that Crosby sings
 These foolish things
 Remind me of you
 How strange
 How sweet
 To find you still
 These things are dear to me
 They seem to bring you near to me
 The scent of smoldering leaves
 The wail of steamers
 Two lovers on the street
 Who walk like dreamers
 Oh how the ghost of you clings
 These foolish things
 Remind me of you.

Al terminar la canción, Echenique aplaude, entusiasmadísimo. Ella se quita el sombrero de copa y agradece los aplausos sin verlo directamente. Luego sale de escena. Echenique sigue aplaudiendo,

como para que ella vuelva a entrar, pero no ocurre. Su entusiasmo va disminuyendo hasta convertirse en decepción.

Echenique: ¿Y si me mato? Así no tendría que entregar la ponencia, y además dejaría de pensar en ella... Ayer sentí que se me quedaba viendo mientras cantaba. Seguro que ya se dio cuenta de que voy diario. A lo mejor piensa que soy un loco y que le quiero hacer daño. No puedo volver a ir... ¿Y ahora cómo le voy a hacer para verla?... Creo que me va a dar un ataque de ansiedad. ¿Me tomaré un lexotán?

Suena el timbre de la puerta, que es un zumbido fuertísimo. Echenique brinca del susto.

Echenique: ¡¡¡Aaaaayy!!!! ¿Quién será? Todavía falta un rato para mi siguiente consulta. ¿Y si son unos judiciales que me vienen a partir la madre? (*Se acerca a la puerta sigilosamente. Se asoma por la mirilla.*) Son dos tipos. Ella los contrató, les dijo que siguieran al pervertido que va a verla todas las noches. Me van a matar... No, a ver, hay que tranquilizarse. (*Vuelve a sonar el timbre. Echenique vuelve a brincar. Luego recarga su espalda contra la pared y cierra los ojos, hasta que agarra valor para abrir.*) ¡¡¡Voy!!!!

Abre la puerta y sale de escena a ver quién es. Un segundo después regresa. Está sonriendo. Trae cargando un cuadro envuelto en papel. Lo cuelga en la pared. Se dispone a abrirlo cuando suena el teléfono.

Echenique (*al teléfono*): ¿Bueno?... ¿Bueno?... Ah, Roberto, ¿cómo estás?... Bien, justo me acaban de traer el póster, ya enmarcado... Hace dos segundos. De hecho, estaba a punto de abrirlo. ¿Y tú, qué cuentas?... Tu mujer, ¿cómo está?... Qué bueno, ¿y los niños?... Me dio mucho gusto verlos el otro día. No pensé que hubiera alguien capaz de convencerme de ir a Chapultepec, ¡y en domingo!... Bueno, es que los quiero mucho... ¡No, yo no! Yo no sirvo para eso, ¿cómo crees?... Roberto, hay gente que no debe tener hijos... No, esposa menos, qué te pasa... No, ¿de plano me oyes muy mal?... No, estoy bien. Lo único es que llevo un buen rato sin poder avanzar con la ponencia... Pues más o menos desde que me llevaste a ver la porquería aquella... Está bien, *performance*. Más o menos desde que me llevaste a ver el *performance*. Qué asco. Y luego preguntas que por qué no salgo nunca. Oye, por cierto, ¿sabías que la mujer ésa, la del *performance*, además es cantante?... No sé, supongo que eso del *performance* no deja... No, ¿cómo crees que voy a ir a verla? Si no quiero volverla a ver en mi vida. Y ya, te dejo, porque tengo que seguir escribiendo esta porquería... Sobre la seducción... Así me dijeron: “Dr. Echenique, ¿podría escribir algo sobre la seducción?” Y a mí se me ocurrió decirles que sí... Pues sí, ni modo. Oye, te mando un abrazo, y otra vez gracias por el póster... Yo también los quiero... Adiós. (*Cuelga.*) Mintiéndole a tu único amigo. Muy bien, Gabriel, ahí la llevas... Bueno, al menos lo del asco es cierto. Y ahí está el problema. Eso es lo que echa por tierra todas mis ideas. Jamás se me hubiera ocurrido que uno pudiera enamorarse y al mismo tiempo sentir repulsión por el objeto de su enamoramiento. Una repulsión que viene de la incapacidad de aceptar que ese ser... que ese *ente* tenga una sola de las características... una sola de las virtudes del enamorado en cuestión. (*Comienza a rascarse los brazos.*) Creo que me está dando urticaria. Bueno, eso es mejor que un infarto.

Suena el timbre. Echenique consulta su reloj y luego va a abrir, sin dejar de rascarse.

Echenique: Voy.

Abre. Entra Juan Grete, un hombre de mirada intensa y aspecto muy serio. Se parece a Bob Dylan en la portada del disco Blonde on Blonde.

Grete: Buenas tardes. ¿El Dr. Gabriel Echenique?

Echenique (*rascándose un antebrazo*): Servidor, amigo y confidente. (*Echenique se ríe de su propia frase. Grete permanece serio.*) Quiero decir que sí, que yo soy el Dr. Echenique.

Grete: Mucho gusto. Me llamo Juan Grete. Tengo una cita con usted a las cinco.

Echenique (*extendiéndole la mano sin dejar de rascarse*): Ah, sí. Pase, señor Grete, siéntese.

Grete: ¿Cómo? ¿No hay diván?

Echenique: No soy freudiano.

Grete: Creí que todos los siquiátras eran freudianos.

Echenique: ¿Y eso?

Grete: Pues todos los curas son católicos.

Echenique (*riendo por compromiso*): No, pues sí, ¿verdad?...

Grete (*notando el cuadro en la pared*): ¿Es un cuadro?

Echenique: Sí. Bueno, es un póster de un cuadro.

Grete (*entusiasmado*): ¿Y es suyo? Quiero decir, ¿no es un regalo para alguien más?

Echenique: No, ¿por qué?

Grete: ¿Le molesta si lo abro?

Echenique (*desconcertado*): Pues... pues no, no. Adelante.

Grete: ¿En serio?

Echenique: Claro.

Con el entusiasmo de un niño abriendo un regalo de navidad, Grete rompe el papel que cubre el cuadro, para descubrir que se trata de una reproducción de Las señoritas de Avignon, de Picasso. Una de las cinco señoritas –la única que está sentada– es Ella. Trae puesta una especie de máscara africana.

Grete (*boquiabierto*): No lo puedo creer.

Echenique: ¿Le gusta?

Grete: Gustar es un verbo demasiado pequeño, doctor. Ésta es mi obra de arte favorita en el mundo entero.

Echenique: También la mía.

Grete: ¿De veras?

Echenique: Claro. Marca el principio de la revolución cubista.

Grete: Mi primer enfrentamiento con este cuadro fue directamente con el original. Era Nueva York y yo era joven. Muy joven. Estaba estudiando un diplomado en Columbia, y un día, una mujer que no amaba me llevó al Museo de Arte Moderno. A mí no me gustaban los museos. Cada vez que entraba a uno sentía que la vida estaba allá afuera, corriendo libre, y yo estaba ahí adentro, encerrado. El caso es que entramos al MoMa. Recuerdo claramente que lo primero que vi fue un Van Gogh. “No es lo mismo ver las pinturas en los libros”, le dije a aquella mujer que no amaba. Y luego de contemplar durante varios minutos el Van Gogh, que por cierto era la *Noche estrellada*, sentí un escalofrío que recorrió toda mi espalda, y luego sentí todas las cosas que sienten todas las personas que ven por primera vez un Van Gogh. Seguimos caminando por todo el museo. Vimos Warhols, Lichtensteins, Cézannes, Pollocks, Rauschenbergs, Duchamps, Modiglianis, y de pronto, al doblar una esquina, ahí estaban estas cinco mujeres monstruosas. Cada una tiene su propia personalidad y su propia manera de estar en el cuadro, pero hay algo en las miradas de las cinco... Va pensar que estoy loco, doctor, pero la primera vez que las vi, doblando a la derecha en una esquina del MoMa, fue como si las cinco señoritas de Avignon supieran que yo, que exactamente yo, iba a aparecer en ese momento. Cada vez que las miro a los ojos, vuelvo a sentir que me estaban aguardando. Siempre están ahí, al acecho, esperando que un día me descuide para atacarme... Me dan tanto miedo, que a veces no me atrevo a darles la espalda. Y sin embargo, éste es el cuadro que más me ha gustado de todos los cuadros que han existido, porque ningún cuadro antes de *Las señoritas de Avignon* me había provocado la sensación de ser yo el observado. Y no sólo eso: creo que éste es el primer cuadro en el que lo que se pinta no es un momento congelado. Las cinco mujeres están ahí con una soltura envidiable. Casi podría asegurar que se mueven. Que los inmóviles somos nosotros, los que estamos “vivos”.

Echenique no sabe qué decir. Por fin se le ocurre algo.

Echenique: ¿Ya fue a la exposición que está en el Museo Tamayo? Trajeron el original. El otro día fui con un amigo y su familia. Ellos me regalaron el póster.

Grete: No he podido ir. Es que luego la gente me reconoce y se arma un relajo.

Echenique: ¿Usted es famoso?

Grete: Sí.

Echenique: A ver, ahora sí siéntese. (*Grete se sienta.*) ¿Por qué no empieza por decirme en qué trabaja?

Grete: ¿De veras no sabe?

Echenique: No.

Grete: ¿Me lo jura?

Echenique: Perdón, ¿tendría que saber?

Grete: No, claro que no. Solo que es un poco extraño, porque... bueno, porque soy bastante famoso.

Echenique: ¿De veras?

Grete: Sí.

Echenique: ¿Y a qué se dedica?

Grete: Soy comediante.

Echenique (*riendo*): No, en serio.

Grete: Hablo en serio. Soy comediante.

Silencio. Echenique contempla a Grete con incredulidad.

Grete: No me diga que quiere que le cuente un chiste.

Echenique: No. Claro que no... Es que me cuesta trabajo creer que alguien tan serio sea comediante.

Grete: Me lo han dicho antes.

Echenique: Oiga, ¿y es bueno?

Grete: Creo que sí.

Echenique: ¿Y le gusta su trabajo?

Grete: Justamente por eso vengo a verlo.

Echenique: ¿Ah, sí?

Grete: Sí. Antes me gustaba muchísimo. No había nada mejor en el mundo que estar en un escenario y escuchar la risa del público. Hace años, un periodista me bautizó como “El bufón de Dios”. La gente me sigue diciendo así. Al principio me incomodaba el apodo, me parecía demasiado. Pero luego dejó de molestarme, porque se me ocurrió que a través de la risa yo podía hacer algo más que

divertir. Pensé que si lograba provocar una catarsis lo suficientemente fuerte, los espectadores se curarían de sus males. Me imaginaba que, al reírse, se les abrían las fibras emocionales, y en ese momento, Dios podía meterse en ellos como si fuera un rayo de luz y quitarles el rencor, la amargura, y hasta el cáncer.

Echenique: Y no fue así.

Grete: No, sí fue así. Un señor llegó a mi camerino un día, para agradecerme por haberle salvado la vida. Me aseguró que después de venir a verme, se le había quitado un tumor que tenía en el estómago. Una semana después, estaba yo dando función en el teatro Blanquita, y una niña empezó a gritar que podía ver, que había recuperado la vista. Había varios reporteros entre el público, así que el asunto creció y creció. El hombre del tumor en el estómago salió en la televisión diciendo lo que había pasado, y su doctor confirmó que el tumor había desaparecido de forma inexplicable... ¿Está seguro de que no se enteró de nada de esto?

Echenique: Seguro.

Grete: Porque fue un escándalo mundial, doctor. Cuando otro niño se levantó de su silla de ruedas mientras me veía por televisión, hasta el Papa tuvo que declarar que yo no podía ser santificado hasta que me hubiera muerto.

Echenique: Entonces usted hace milagros, señor Grete.

Grete: No. Yo hago reír. Dios es quien hace los milagros...

Echenique: No nos preocupemos por los créditos ahora. Lo importante es que usted me está diciendo que es capaz de curar a través de la risa... Vamos a suponer que esto es cierto. Dígame, entonces, ¿cuál es su problema?

Grete: Mire, todo eso me tuvo muy satisfecho durante un tiempo. Sentía que había venido al mundo para algo. Pero cada vez que curo a una persona, es como si me quedara con su mal, y últimamente siento que estoy cargando con demasiadas cosas que no son mías. Hace una semana curé a un hombre ciego y me quedé dos horas sin poder ver. Creo que se me está enfermando el alma.

Echenique: ¿Y por qué no se cura usted mismo? ¿Por qué no se practica un automilagro?

Echenique ríe con su propia ocurrencia.

Grete: No puedo.

Echenique: ¿Por qué?

Grete: Sólo un imbécil se ríe de sus propios chistes.

Pausa.

Echenique: ¿Recuerda el nombre del doctor que confirmó lo del tumor ése, que se esfumó?

Grete: Sí, es el doctor Clériga.

Echenique: ¿Clériga? ¿*David* Clériga?

Grete: Sí. Creo que es bastante reconocido.

Echenique: Es el mejor gastroenterólogo de este país.

Grete: Doctor...

Echenique: Dígame.

Grete: ¿Le puedo preguntar algo?

Echenique: Claro.

Grete: ¿Qué hace en sus ratos libres?

Echenique: Nada. Duermo. Descanso.

Grete: ¿Nada más?

Echenique: Creo que sí.

Echenique: ¿No va al cine?

Echenique: Hace años que renuncié al cine.

Grete: ¿Por qué?

Echenique: Hay varias razones. Los celulares, los radiolocalizadores, las envolturas de celofán de las golosinas. Y la gente habla cada vez más. Es insoportable.

Grete: ¿Y tampoco va al teatro?

Echenique (*tajante*): Detesto el teatro.

Grete: ¿Y eso?

Echenique: Me aburre profundamente. Hay muy pocos personajes, y todo ocurre en un solo lugar. Se parece demasiado a mi vida... Además, mi madre fue actriz.

Grete: ¿Ah, sí?

Echenique: Sí, pero prefiero no hablar de eso.

Grete: Muy bien. ¿Lee los periódicos?

Echenique: ¿Para qué? Siempre dicen lo mismo.

Grete: ¿No tiene ningún pasatiempo?

Echenique: Antes me gustaba el box.

Grete: ¿Y ya no?

Echenique: No. Antes lo pasaban por televisión. Los sábados en la noche. Pero luego dejaron de pasarlo y había que pagar por verlo, así dejé de ver televisión y el box me dejó de gustar.

Grete: Podía haber ido a la Coliseo a verlo en vivo.

Echenique: ¿Cómo cree que voy a ir a un lugar de esos? Seguramente apestan a sudor.

Grete: Supongo que no está casado.

Echenique: Hace años que renuncié a las relaciones sentimentales.

Grete: ¿Por qué?

Echenique: Oiga, aquí las preguntas las hago yo.

Grete: Tiene razón. Sólo una última cosa...

Echenique: Pero que sea la última.

Grete: ¿Alguna vez ha salido a la calle?

Echenique (*riendo*): Alguna vez, sí. Pero casi nunca. La ciudad es demasiado hostil, Grete. No hay dónde estacionarse, hay demasiado ruido, y las patrullas...

Grete: ¿Las patrullas?

Echenique: Sí, las patrullas. Mire, yo jamás he cometido un delito, pero cada vez que pasa una patrulla, me pongo tan nervioso como si trajera un cadáver en la cajuela.

Grete: Oiga, ¿y no ha pensado en ver a un siquiatra?

Echenique: He decidido que mejor voy a ver a un comediante.

Grete: Dicen que la risa es curativa. Pero los comediantes no somos de fiar. El encierro ajeno nos hace sentir libres.

Echenique: ¿A qué se refiere?

Grete: A que tal vez usted sea la única persona en el mundo que no me conoce, y esto lo convierte en la persona ideal para tratarme. No espera nada de mí, así que no puedo decepcionarlo. Me siento muy relajado. Libre. Su encierro es mi libertad, doctor.

Echenique: No lo había pensado así.

Grete: Priscilla se va a poner contentísima cuando le cuente.

Ella reacciona al oír uno de sus nombres.

Echenique: ¿Quién?

Grete: Ilsa, mi mujer. Nos casamos en secreto hace un año.

Echenique: ¿Su mujer se llama Scarlett?

Grete: Sí. Luisiana. ¿Por?

Echenique: No, por nada. Es que no es un nombre muy común.

Grete: No, ¿verdad?

Echenique: Oiga, ¿y a qué se dedica Giulietta? ¿También es comediante?

Ella mueve el dedo índice de su mano derecha, diciendo que no.

Grete: No. Ella se dedica al performance.

Echenique: Ah, vaya... ¿Y como qué cosas hace?

Grete: Híjole, ¿cómo se lo explico? Son cosas muy fuertes. Visualmente son muy impactantes. Ahora está preparando uno en el que se va a introducir el extremo de un pene de plástico en la vagina. Es uno de esos consoladores de dos cabezas. La otra cabeza se la mete en la vagina otra performan-
cera, y van a tener una especie de sesión de lucha libre, para demostrar cómo las mujeres se vuelven enemigas en una sociedad machista.

Echenique: Ajá. (*Pausa.*) Veo que usted lo toma con mucha calma. Lo que hace su mujer.

Grete: Es que no tiene nada de malo.

Echenique: No, claro que no. Pero estará de acuerdo en que la gran mayoría de los hombres no soportarían que su mujer se dedicara a algo tan... inusual.

Grete: Bueno, eso sí. Pero a mí no me afecta.

Echenique: ¿Por qué no?

Grete: Porque la amo.

Echenique: ¿Está seguro?

Grete: ¿Cómo que si estoy seguro? (*Suena una musiquita como de elevador.*) ¿Qué significa esa música?

Echenique: Significa que nos vemos mañana a la misma hora, señor Grete.

Grete: Una cosa más.

Echenique: ¿Qué?

Grete: ¿Podría no comentarle a nadie que estoy viniendo a verlo? No quisiera que la prensa se enterara.

Echenique: Soy una tumba.

Grete: Sí, ya sé... Digo, gracias, doctor. Gracias por todo.

Echenique: Adiós.

Sale Grete.

Echenique (*luego de cerrar la puerta*): Ahora sí necesito ese lexotán.

Echenique camina a su escritorio. De pronto, se siente observado por las señoritas de Avignon, así que evita darles la espalda. Se mete a la boca un lexotán, que se traga bebiendo agua. Prende una grabadora y le habla, sin dejar de ver el cuadro.

Echenique: El paciente Juan... Juan Equis, presenta un cuadro de evidente psicosis, combinada con un delirio místico que lo lleva a creer que tiene la capacidad de curar por medio de la risa. (*Apaga la grabadora.*) Y además está casado con *mi* mujer. O eso dice. ¿Será cierto? Bueno, tiene que ser cierto. ¿Por qué habría de inventar algo así? No tiene modo de saber que yo estoy... enamorado de esa criatura repulsiva. Estoy enamorado. Nunca lo había dicho tan abiertamente. Respecto a nadie. (*Ríe.*) Me siento bien... (*Revisa la grabadora.*) Sí le puse stop a esta madre, ¿verdad? Sí. (*Le pone play a la grabadora y le habla como locutor de estación romántica.*) Éste es su amigo Gabriel Echenique para decirles que me siento bieeeeeeen. Caray, qué buenos están haciendo los lexotanes últimamente. Les están poniendo más bromazepán. (*Se carcajea.*) Brrrrrrroma... zepán.

Poco a poco deja de reír y contempla fascinado a las Señoritas de Avignon. Apaga la grabadora.

Echenique: Hay algo realmente primitivo en el hecho de estar enamorado. Es como un regreso al origen. A ese principio de los tiempos en que la ciencia, el arte y la religión eran la misma cosa, y el chamán era el artista, el sacerdote y el médico brujo, todo en uno mismo. Enamorarse es algo muy

parecido: uno no es ni su profesión, ni su racionalidad, ni su raza ni su neurosis: uno es sólo alguien enamorado. Dicen que el amor apendeja al brillante y abriollanta al pedejo. Modestia aparte, yo debo ser muy brillante, porque esto del enamoramiento me tiene convertido en un ser realmente primitivo. Lo único que me importa es ella. Aretha. Con las letras de su nombre se puede formar la palabra "earth". Tierra. Ella es toda la Tierra, y así la siento, lejana como un planeta y siendo una totalidad en sí misma. Y así como el arte y la ciencia y la religión algún día fueron lo mismo, para mí ella es todas las mujeres reunidas en una: es madre, esposa, amante, hija, puta, criada y diosa. Es como una de esas Venus del paleolítico. Tan fértil que podría embarazarse con una mirada lasciva. Es la artista y la pieza de arte al mismo tiempo.

El doctor Echenique cae en un sueño profundo.

Ella: Imaginemos a un hombre que tiene sólo uno de los cinco sentidos. Por alguna razón perdió la vista (*una señorita de Avignon sale flotando del cuadro y se eleva hasta desaparecer*), el oído (*otra señorita hace lo mismo*), el olfato (*desaparece una más*) y el gusto (*desaparece la última, quedando sólo Ella*). Para este hombre que sólo percibe a través del tacto, una caricia es una obra de teatro, una sinfonía, y los treinta mil cuadros de Picasso en un solo acto.

Ella se sale del cuadro y acaricia el rostro de Echenique con el dorso de la mano. El sonríe, feliz, sin despertarse. Suena el timbre de la puerta. Ella regresa al cuadro. Echenique sigue dormido, con la cara sobre el escritorio. Al escuchar el timbre se despierta, se estira plácidamente y luego va a abrir. Entra Grete.

Echenique: ¿Se le olvidó algo, señor Grete?

Grete: ¿Perdón?

Echenique: Sí, que si se le olvidó algo.

Grete: Según yo, tenemos cita a esta hora.

Echenique: ¿Qué hora es?

Grete: Las cinco, doctor.

Echenique: ¿De qué día?

Grete: Del 23.

Echenique: No puede ser. ¿Me está diciendo que me dormí un día completo?

Grete: Yo no le estoy diciendo nada.

Echenique: Bueno, pues se lo digo yo a usted. Ayer, cuando se fue, me quedé dormido, y acabo de despertar.

Grete: ¿Y no se siente mal de dormir tanto?

Echenique: No. De hecho, me siento bastante bien. ¿Y a usted cómo le va?

Grete: Pues no muy bien. No pude pegar el ojo en toda la noche. Además, hoy en la mañana le conté a Emma que lo había venido a ver y se puso furiosa, no entiendo por qué.

Echenique: Pues es obvio.

Grete: ¿Ah, sí?

Echenique: Claro. Todas las mujeres se ponen así cuando sus maridos asisten a terapia. Tienen miedo de ser desenmascaradas.

Ella se quita la máscara. Parece molesta.

Grete: ¿Desenmascaradas?

Echenique: Claro. Cuando uno se casa, cree que hay un proyecto en común con su esposa. Pero lo cierto es que las mujeres siempre tienen sus propios planes secretos.

Grete: ¿No le parece que está un poquito paranoico?

Echenique: No.

Grete: Bueno, entonces dígame cuál es el plan secreto de Ana.

Echenique: Muy sencillo. Es ella la que quiere que usted se retire de los escenarios, es ella la que lo hace sentir todo ese peso sobre sus hombros.

Grete: ¿Por qué?

Echenique: Pues porque quiere que usted sea sólo de ella. Así son las mujeres. Todas están enfermas de control. Si por ella fuera, lo tendría encerrado en una habitación por el resto de su vida.

Grete: Dígame que está bromeando.

Echenique: El de las bromas es usted, Grete. Yo no bromeo. Estoy hablando muy en serio. Dalila quiere que usted viva sólo para ella. Además, le tiene envidia.

Grete: ¿Envidia?

Echenique: Claro. Usted es famoso en todo el mundo. Ella, en cambio, es cantante en un antro de cuarta.

Grete: ¿Cómo sabe que es cantante?

Echenique: ¿Dije cantante? Perdón, quise decir

performancera... ¿También es cantante?

Grete: Sí. Lo del performance no deja mucho.

Echenique: Pero supongo que usted debe ganar muy bien.

Grete: Soy millonario, doctor. Pero ella no me deja darle ni un centavo. Llevamos casados un año, y ella sigue manejando el mismo volkswagen que tenía desde que la conocí. Dice que es la única manera de evitar que la relación se contamine.

Echenique: Pero supongo que usted le hará regalos. Ropa, joyas.

Grete: Jamás me ha dejado regalarle nada. Ni en su cumpleaños, ni en nuestro aniversario. Nada.

Echenique: ¿Y cómo lo hace sentir eso?

Grete: Al principio me descontrolaba, no lo entendía. Pero después me acostumbré.

Echenique: Se acostumbró.

Grete: Sí.

Echenique: Pero no lo disfruta.

Grete (*después de una breve pausa*): No. Tanto como disfrutarlo, no. Pero ya no lo padezco.

Echenique: ¿Alguna vez se ha preguntado por qué se volvió comediante, Grete?

Grete: No sé... Supongo que para agradarle a la gente.

Echenique: ¿Antes de ser comediante no era agradable?

Grete: Creo que no. (*Pausa.*) No.

Echenique: Cuando era niño, ¿era feliz?

Grete: No.

Echenique: ¿Cómo así?

Grete: Pues... mi mamá nunca estaba. Mi papá, ni siquiera sé quién es. Me cuidaba mi abuela.

Echenique: Su mamá trabajaba.

Grete: Sí. Y llegaba ya noche. Todo el día, mi abuela me decía que hiciera la tarea, que ordenara mi cuarto, que no me portara mal, porque cuando llegara mi mamá me iba a regañar. Entonces, mi mamá se convirtió en una especie de monstruo que llegaba por las noches a examinarme. Siempre

estaba enojada, a punto de estallar. O a lo mejor ésa es sólo la idea que mi abuela me metió en la cabeza. El caso es que cuando mi mamá llegaba, yo me ponía a temblar.

Echenique: ¿Y qué pasaba?

Grete: Pues, si había hecho bien la tarea, no pasaba nada. Pero si había fallado en algo...

Silencio.

Echenique: ¿Le pegaba?

Grete: No. Pero no hacía falta. Me veía con desprecio y movía la cabeza. Hasta que un día, con una voz que no sé de dónde salió, le dije: “No me destruyas”. Era la voz de un teléfono de caricatura que salía en la tele, en unos anuncios del gobierno que condenaban el maltrato a los teléfonos públicos. Salía el telefonito, con sus ojitos y su boquita, y decía: “No me destruyas”. Mi mamá se rió a carcajadas y me perdonó lo que sea que haya hecho.

Echenique: Entonces, usted es comediante porque quiere que lo quieran.

Grete: Sí.

Echenique: Si no es chistoso, lo van a destruir.

Grete: Sí.

Echenique: ¿Andrea se ríe de sus chistes?

Grete: No mucho. Es un público difícil.

Echenique: Entonces no lo quiere por chistoso. Tampoco quiere su dinero. Aparentemente, lo quiere porque sí.

Grete: ¿Aparentemente?

Echenique: Claro. Hasta ahora no le ha pedido nada. Su amor parece ser incondicional. Pero no nos hagamos guajes, Grete, el amor incondicional no existe. Ella tiene un plan. Un buen día le va a pedir algo, algo muy grande, y como nunca le ha pedido nada, usted va a ser incapaz de negarse.

Grete: ¿Y qué cree que me va a pedir?

Echenique: Lógico, que abandone los escenarios para siempre. Que deje de curar a la gente. ¿Se da cuenta del egoísmo de semejante petición? Ella quiere que usted deje de hacer felices a los demás. Quiere que se quede con ella. Y su bienestar y el de su público, que se jodan.

Grete: Pero usted no puede estar seguro de esto. No la conoce.

Echenique: La conozco mejor de lo que usted cree, Grete.

Grete: Pues creo que voy a pedir una segunda opinión.

Echenique: Adelante. Está en todo su derecho. Sólo que difícilmente va a encontrar otro siquiatra en el mundo que no sepa quién es usted. Todos van a querer agradecerle o pedirle un milagro. Todos van a querer que los haga reír. La objetividad de cualquier otro médico será opacada por la admiración hacia usted. Yo, en cambio, no estoy interesado en su persona pública. No quiero nada de usted. A mí lo único que me interesa es su salud.

Grete: Tiene razón, doctor, discúlpeme.

Suena la musiquita que indica que ya se acabó la hora de consulta.

Echenique: Nos vemos mañana. Ahora tranquilícese y piense en todo lo que le dije.

Grete: Antes de irme, doctor; ayer me preguntó si estaba seguro de amar a mi mujer. ¿Por qué me preguntó eso?

Echenique: Es que justo antes de que llegara, yo estaba dando los últimos toques a una ponencia, en la que básicamente sostengo que el amor y el enamoramiento no sólo son cosas distintas, sino que son opuestos. El amor es la ausencia de ego, y el enamoramiento es todo lo contrario. Es el ego desbordado. Después de esta sesión, he concluido que usted sí ama a su mujer. Ella en cambio, está enamorada de usted.

Grete: ¿Y eso es malo?

Echenique: El amor es discreto, no deja marcas. El enamoramiento, en cambio, es exhibicionista, destructivo. Como toro en cristalería.

Grete: Nos vemos mañana, doctor.

Echenique: ¿Sabe qué? De una vez vámonos los dos.

Grete: ¿Va a salir?

Echenique: Sí, fíjese. Es que llegaron unos amigos de Alemania. Y quieren que vayamos a un centro nocturno, o algo así. Se mueren de ganas de oír a una cantante.

Grete: ¿Ah, sí? ¿A quién?

Echenique: No me acuerdo. Ya sabe que a mí esas cosas no me interesan. Voy por puro compromiso.

Salen.

Ella (*desde el cuadro*): El norteamericano Norman Mailer escribió un libro sobre los años mozos de Picasso. Se llama *El retrato del Picasso adolescente*. En un arranque de versatilidad, el mismo Mailer escribió *La pelea*, un libro sobre el combate de Muhammad Ali contra George Foreman en África. En este momento, más que un personaje de Picasso, me siento como una de esas chicas que, en las peleas de campeonato, se pasean sonriendo por el cuadrilátero, con letreros que anuncian cuál es el siguiente round. Ya me cansé de estar en la periferia de esta historia. Es hora de entrar a la pelea.

Oscuro. Cuando vuelve la luz, Las señoritas de Avignon es un cuadro normal en la pared del consultorio, donde Echenique y Grete están en plena sesión. Echenique se ve radiante. Grete, en cambio, tiene aspecto enfermizo. Está pálido y ojeroso. Tose y se rasca los brazos a cada rato. Han pasado varias semanas desde su primer encuentro.

Grete: Asco. Esa es la palabra. No puedo explicárselo, pero ayer que trató de besarme eso fue lo que sentí. Estoy asustadísimo, doctor.

Echenique: Tranquilo, hombre, tranquilo. Tómese un tafilito.

Grete saca un tafil del bolsillo de su saco. Echenique le sirve agua. Grete se toma el tafil.

Grete: Es que yo nunca había sentido algo así por Natasha. Y no quiero sentirlo. No quiero.

Echenique: A ver, dígame, si en este momento piensa en ella, ¿le provoca esa misma sensación?

Grete: No. Cuando pienso en ella no hay problema.

Echenique: En este momento, si piensa en ella, ¿qué siente?

Grete (*sonriendo*): Ternura.

Echenique: ¿Ternura? Qué raro.

Grete: ¿Raro por qué?

Echenique: No sé, jamás se me hubiera ocurrido poner esa palabra junto a su nombre. La ternura es algo demasiado normal, y a ella no puedo imaginármela teniendo una vida normal. No puedo concebirla teniendo hambre o atrapada en el tráfico o sintiéndose sola. Ninguna de esas cosas que nos pasan a los mortales... Digo, por lo que usted me ha contado.

Grete: Bueno, sí, Salomé da la sensación de ser autosuficiente, de que nunca mira hacia atrás. Pero dentro de ella hay una niña asustada. Una niña que necesita muchísimo cariño. Y yo pude llegar hasta esa niña y hablarle.

Echenique: ¿Ah, sí? ¿Y cómo le hizo?

Grete: Tenía la fiebre de la raya blanca.

Echenique: No sé que es eso.

Grete: ¿Alguna vez ha salido de gira, doctor?

Echenique: Bueno, una vez fui a tres ferias del libro seguidas, a promover un estudio sobre los celos que me publicaron. Fue agotador.

Grete: Entonces, no. Bueno, pues las giras son una locura. Uno duerme en el camión y se despierta diariamente en una ciudad distinta. Después de varios meses de vivir así, la sensación de estar a la deriva hace que los sentidos se agudicen y uno tenga la capacidad de descifrar a las personas con sólo verlas. Basta una mirada para atravesar todo lo que aparentan y llegar hasta su esencia. Así se puede saber si el dueño del palenque va a pagar o no. Se puede sentir en un segundo si el público va a poner de su parte o si va a ser necesario arrearlo. Esto no es tan sencillo como suena. Hay veces que el público no hace ruido, pero está ahí, atento. Y hay otras ocasiones en que se ríe, da señales de vida, pero al terminar el espectáculo aplaude poco y olvida todo lo que vio al cruzar la puerta de salida. Cuando se está de gira, uno tiene que aprender todos esos trucos para sobrevivir. Hay que contraer la fiebre de la raya blanca, que se llama así por la línea que hay en medio de la carretera, y también por la cocaína, que es la droga favorita de los artistas ambulantes... y de los siquiátras.

Echenique (*riendo*): Freud nos hizo esa mala fama.

Grete: Es fácil reconocer a los que tienen la fiebre, sus miradas cortan como navajas, como si estuvieran viendo la raya en medio de una carretera que no va a terminar. Cuando tienes la fiebre, sabes quién es quién. Cuando conocí a Bianca, acababa de regresar de una gira por Estados Unidos, así que vi a través de su rudeza a la niña asustada y la invité a jugar conmigo.

Echenique: Pero ahora, esa misma niña le causa repulsión.

Grete: No siempre. Sólo cuando me besa de manera...

Echenique: ¿Sexuada?

Grete: Sí. De hecho, ahorita que usted lo dijo, se me revolvió el estómago.

Echenique: ¿Tiene alguna idea acerca del origen de este asco?

Grete: No sé. (*Pausa.*) Es que no quiero ni decirlo... He pensado quizá todo se debe a lo que usted dice, de que en el fondo me quiere para ella sola.

Echenique: Y eso no es lo peor.

Grete: ¿Ah, no?

Echenique: No, hombre. Lo peor viene cuando haya logrado adueñarse de usted. Va a ser feliz con su triunfo un rato, y luego se va a aburrir con el juguete que ya tiene. Entonces le va a empezar a perder el respeto.

Grete: ¿Por qué?

Echenique: Las mujeres son cazadoras naturales, Grete. Lo que quieren es que la presa se les resista. A ningún cazador le gusta encontrar al venado ya muerto. Así que cuando usted acepte lo que ella quiere, se va a convertir en un venado muerto. Ella se comerá una parte, y lo demás lo dejará para los gusanos.

Grete (*a punto de llorar*): ¿Sabe cómo murió Picasso, doctor?

Echenique: ¿Cómo?

Grete: Tenía 91 años. Estaba cenando en la terraza de su villa, con su esposa Jacqueline y un grupo de amigos. Al terminar la cena, a eso de las once y media de la noche, se levantó de su silla, feliz, y dijo: “Beban por mí, amigos. Beban a mi salud, porque yo ya no puedo beber más”. Se despidió de todos y se retiró a su estudio, donde trabajó hasta las tres y media de la mañana. Luego se fue a acostar, y un rato después murió mientras dormía. Ésa es una buena forma de morir. Si no puedo morir así, entonces quiero irme antes de que me coman los gusanos. Mi último deseo es ir al Tama-yo y ver *Las señoritas de Avignon* una vez más.

Suena la música de fin de consulta.

Echenique: Pues ojalá que pueda ir pronto. Le queda poco tiempo.

Grete: Sí. Mañana la exposición no abre. Voy a hablar al museo a ver si me dejan verla antes de venir para acá.

Suena el teléfono.

Echenique: Bueno, que le vaya bien, Grete. Nos vemos mañana.

Echenique (*al teléfono*): ¿Bueno?

Grete (*casi inaudible*): Hasta mañana, doctor.

Echenique se despide de él con una seña. Grete sale.

Echenique: Roberto... ¿Qué tienes? Te oigo muy mal... ¿Te peleaste con ella?... ¿Y adónde se fue?... ¿Se llevó a los niños?... Entonces estás ahí solo. Hombre, pues aprovecha... No sé, vete de putas o algo... Hablo en serio... ¿Estás triste? Ay, pues qué mariquita eres, ¿eh? Por cualquier cosa se te cierra el mundo. Al rato regresa, hombre... Pues es que tú te lo buscas, es tu culpa... Roberto, tu vieja te hace como sus calzones. No tienes huevos... ¡No, yo sí tengo huevos!... Se necesitan más huevos para estar solo... Bueno, pues ultimadamente chinga tu madre.

Cuelga y sale. Aparece Ella, junto al blanco de tiro. Vestida otra vez como al principio. Mientras habla, va quitándose su atuendo circense y poniéndose ropa de calle.

Ella: Después de que maté a Fernando, no sólo los gitanos dejaron de ir al pueblo. Los circos ambulantes, los cómicos de la legua, los músicos y los galleros tampoco se volvieron a parar por ahí, por miedo a que los matara la hija del cacique. Las fiestas del año siguiente fueron de lo más triste. La única diversión era el alcohol, y como no había música para entonar la borrachera, la gente se puso violenta y empezaron los balazos. Dicen que ese día se murió la mitad del pueblo. Y todo por mi culpa. Ya no podía salir a la calle sin sentir las murmuraciones de todos. Hasta que un día no pude más y me escapé de la casa. Luego de varias semanas de andar vagando, conseguí trabajo lanzando cuchillos para unos saltimbanquis que iban de feria en feria. Mi papá murió como un año después de que me fui. Algunos dicen que todo el pueblo se juntó para lincharlo. Otros dicen que cayó muy enfermo y estuvo agonizando por meses. El caso es que nunca lo volví a ver. Pero no me importaba. Lo único que yo quería era encontrar a los papás de Fernando, pero jamás me los topé en ningún lado. Desde que él murió, se me quedó una sensación de vacío que no se me quitaba con nada. A cada lugar que iba, preguntaba por remedios y rituales para espantarla, pero ninguno sirvió. Hace años me hice a la idea de vivir con ese malestar para siempre. Y entonces conocí a Juan Grete.

Ella entra al consultorio, que tiene la luz apagada. Se escucha a Echenique silbando contentísimo mientras se acerca. Oímos cómo abre la puerta, entra y enciende la luz. Entonces se da cuenta de que Ella está parada frente a Las señoritas de Avignon, esperándolo.

Echenique (*luego de gritar de miedo*): ¡Putra madre, qué susto me sacó! (*Ella ni siquiera voltea a verlo.*) ¡Le estoy hablando! ¿Qué no oye?

Ella le arroja una mirada estremecedora. Echenique se calla, como niño recién regañado.

Ella: ¿Sabía que *Las señoritas de Avignon* es el primer cuadro “exorcista” de Picasso? (*Echenique no responde.*) Si se fija, los rostros de las dos mujeres de la derecha parecen máscaras africanas. Picasso se imaginó que esas máscaras servían para ahuyentar a los malos espíritus, y él necesitaba ahuyentar a unos muy malos. En la época que pintó este cuadro, se la pasaba metido en los burdeles —de hecho, las señoritas de Avignon son prostitutas. Por esta razón, empezó a desarrollar un miedo terrible a la sífilis, que en aquella época era incurable y mortal. De hecho, en bosquejos anteriores al cuadro definitivo, es aún más clara la unión entre el placer y la muerte.

Pausa.

Echenique (*tímidamente*): ¿Quién es usted?

Ella: ¿No me he presentado? Pero qué descortesía. Me llamo Suzanne. Soy la esposa de Juan Grete.

Echenique: Yo soy... soy...

Ella: Gabriel Echenique, el siquiatra de mi marido.

Echenique: Así es, así es. Perdón, siéntese, señora Grete. (*Ella se sienta en la silla de Echenique.*) Nomás que ahí voy yo.

Ella: Ah, ¿en serio?

Echenique: Sí, ésa es mi silla.

Ella: Pero es que está muy cómoda, doctor.

Echenique: Sí, pero los pacientes van acá.

Ella: Pero yo no soy paciente. El paciente es mi marido. Ándele, siéntese allá sólo por esta ocasión. Sea... paciente.

Echenique: Señora, entienda...

Ella: Siéntese, o no vuelve a trabajar como siquiatra nunca en su vida.

Echenique: Óigame, no le permito que...

Ella: ¡Que se siente, carajo!

Echenique se sienta.

Echenique: Bueno, está bien. Ahora sí, dígame en qué le puedo servir.

Ella: Eso después. Primero quisiera hablar de Juan. Mire, doctor, yo jamás me meto en los asuntos de mi marido, pero esta vez las cosas son distintas. Hace poco, él tenía un malestar que sólo ha empeorado desde que viene a verlo a usted. Está cada vez más flaco, se le está cayendo el pelo. Por las noches no pega el ojo, y cuando lo consigue, tiene unas pesadillas que lo hacen gritar. Y lo peor de todo: ya no tiene sentido del humor.

Echenique: Su marido está atravesando por una crisis de identidad muy severa, señora. Es normal que durante un tratamiento como el que se le está dando, dé la impresión de que empeora, pero realmente no es así. Es parte de la purga a la que lo estamos sometiendo. La medicina sabe feo, ¿no?

Ella: Doctor.

Echenique: Sí.

Ella: Déjese de pendejadas. En este mismo momento me va a decir exactamente qué ideas le ha estado metiendo en la cabeza para tenerlo como lo tiene. Cada vez le da más miedo salir de la casa. Hace semanas que no trabaja. Nunca había tenido pánico escénico y ahora lo tiene. El otro día agarró a golpes a un empresario que trató de sacarlo de su camerino para que diera una función. Juan se está muriendo de tristeza, doctor. Dígame qué le está haciendo.

Echenique: Señora, yo no puedo revelar lo que ocurre en una consulta con un paciente. Es como el secreto de confesión. No es ético.

Ella: ¿Y sí es ético que lo hayas aceptado como paciente cuando estás enamorado de mí?

Pausa.

Echenique: No sé de qué me habla.

Ella: La primera vez que me viste, también fue la primera vez que yo te vi. En el performance, ¿te acuerdas? (*Echenique no responde.*) La gente siempre se espanta con lo que hago, pero tú eras el más espantado de todos. Te estaban sudando las manos. Cuando me acerqué a ti, querías que la tierra te tragara. Por eso te elegí. Por eso no dejé de mirarte. Tú pensabas que era tu infinita paranoia. Pero no. Sí te estaba mirando, sí te dediqué el performance esa noche y sí te enamoraste de mí. Es lógico.

Echenique: ¿Lógico?

Ella: Ese performance está basado en un rito que practican las mujeres de Costa de Marfil para conseguir marido. Es muy efectivo.

Echenique: ¿Tu querías que yo me enamorara de ti?

Ella: Sí.

Echenique: ¿Por qué?

Ella: No lo sé. Tal vez por capricho, o porque cuando te vi ahí, temblando de miedo, supe que necesitabas desesperadamente que te pasara algo.

Echenique: ¿Y cada vez que presentas ese performance alguien se enamora de ti?

Ella: No. Nunca lo había hecho tan en serio como para que surtiera efecto. Era sólo un espectáculo.

Echenique: ¿Y te parece muy chistoso estar enamorando gente así como si nada?

Ella (*divertida*): O sea que lo aceptas.

Echenique: Antes de que cantes victoria, déjame decirte que también me das mucho asco.

Ella: Eso es normal. Es culpa de tu madre.

Echenique: ¿Mi madre qué pitos toca en esta fiesta?

Ella: En ésta, ninguno. Pero cuando estaba viva, dicen que tocó muchos.

Echenique (*molesto*): ¿Tú sabes quién fue mi madre?

Ella: Claro. Gertrudis Navarro.

Echenique: Exactamente. Gertrudis Navarro. Así que más respeto.

Ella: Hay que admitir que era un monstruo.

Echenique: Gran actriz, sí.

Ella: No, yo digo que era un monstruo porque era feísima. Era tan fea, que le hizo creer a todo mundo que era buena actriz.

Echenique: ¿No te parecía buena actriz?

Uma: Ay, por favor. Era malísima. Rígida, rígida. Parecía que le habían metido un palo por el culo. Y luego esa voz como de bajo profundo. No, es que de veras, en este pinche país sólo hay que parecer cromagnona y hablar como hombre y ya, eres primera actriz.

Echenique: Bueno, por lo menos ella no andaba por ahí, encuerada, retorciéndose como animal y metiéndose cosas en la vagina.

Ella: Pues buena falta que le hacía, ¿eh?

Echenique: No pongas esas imágenes en mi cabeza, y ya dime adónde vas con todo esto.

Ella: ¿Doña Gertrudis jugaba contigo?

Echenique: ¿Eso qué tiene que ver?

Ella: Contéstame.

Echenique: Sí y no. Me veía jugar, pero no se involucraba. Es normal. Digo, doña Gertrudis Navarro no se iba a tirar al piso a fingir que era el Duende Verde. Y menos después de interpretar a Medea.

Ella: Pues está todo clarísimo.

Echenique: ¿Qué cosa?

Ella: Lo del asco.

Echenique: ¿Ah, sí?

Ella: Claro. Aquella noche, durante el performance, yo te involucré en el juego. Jugué a enamorarte. Eso te gustó.

Echenique: ¿Y el asco?

Ella: ¿Qué pensaría tu madre, doña Gertrudis Navarro, de que te hayas enamorado de una vil performancera? (*Echenique se lleva una mano al estómago. Tiene náuseas.*) ¿Ya ves?

Echenique (*débilmente*): Ajá.

Ella: Ahora dime una cosa.

Echenique: ¿Qué?

Ella: ¿Estás matando a Juan para quedarte conmigo? (*Echenique no contesta. Ella va hasta donde está sentado y le da una bofetada*) ¡Contéstame!

Echenique (*temblando*): Tengo miedo.

Ella: No te voy a hacer nada. Sólo contéstame.

Echenique: No, no lo estoy matando. Lo que pasa es que un delirio místico como el suyo siempre acaba en el manicomio. Pueden pasar años, pero eventualmente él se va a quedar encerrado en su propia mente y tú te vas a quedar sola. Así que pensé: “Es mejor que todo eso ocurra de una vez. ¿Para qué prolongar la agonía?”

Ella: ¿Cuál delirio místico?

Echenique: Pues todo ese cuento de que cura con la risa.

Ella: Todo eso es cierto.

Echenique: ¿Tú también lo crees?

Ella: Claro que lo creo. Porque lo he visto. Todo mundo sabe que Juan Grete hace milagros. ¿Cómo es posible que tú no lo supieras? ¿Pues en qué mundo vives, Gabriel?

Echenique: No puede ser. (*Va a su escritorio. Encuentra su agenda, busca un teléfono y lo marca. Le contestan.*) ¿Bueno?... Por favor con el doctor Clériga... Sí, espero... ¿David?... Hola, qué tal, te habla Gabriel Echenique... Ah, pues nos conocimos en un congreso en Cancún... Bueno, no importa. Mira, el caso es que yo soy siquiatra y te quería preguntar si tú tuviste un paciente que supuestamente se curó de un tumor luego de —es que es ridículo— pero que supuestamente se curó dizque cuando fue a ver a un comediante... Okey, David. No, no sabía. Es que estuve fuera del país muchos años. Oye, mil gracias. Ciao. (*Cuelga el teléfono lentamente. Pausa.*) No sé qué decir.

Ella: No digas nada.

Echenique: Es que cómo iba a imaginarme que lo que él decía era cierto.

Ella: No te preocupes. (*con ternura*) ¿Sigues enamorado de mí?

Echenique: Sí.

Ella: Entonces déjalo todo y vente conmigo.

Echenique: ¿Por qué?

Ella: Porque yo también estoy enamorada de ti.

Echenique: ¿Qué?

Ella: Lo que oíste.

Echenique: ¿Tú estás enamorada de mí?

Ella: Eso dije.

Echenique: No te creo.

Ella: Yo tampoco lo creo, pero así es. Después de que te vi en el performance, me di cuenta de que no podía dejar de pensar en ti. Eso me molestó muchísimo. Estaba furiosa. Pero luego, cuando descubrí que me habías ido a oír cantar, me puse tan contenta... Todos los días esperaba que llegara la noche para verte. Sin que te dieras cuenta, para que no te asustaras. Luego empecé a seguirte. Sé todo lo que haces, todo lo que sientes.

Echenique: ¿Tú mandaste a Juan conmigo?

Ella: No. Eso fue una coincidencia.

Echenique: ¿Por qué quieres dejarlo? Él es un gran tipo. Y es tu marido.

Ella: El deseo no se casa con nadie.

Echenique: ¿Y qué tengo yo que no tenga él?

Ella: Tú tienes veneno en los colmillos.

Echenique: No entiendo.

Ella: Mira, Gabriel, te quiero a ti porque tú me necesitas. Juan no. A él le hago daño.

Echenique: ¿Tú también?

Ella: Sí, yo también. Cuando me conoció, dejó de ser un gitano y se puso en el blanco. Yo me he negado a lanzarle el cuchillo, pero no voy a aguantar mucho más.

Echenique: ¿De qué hablas?

Ella: No importa. Lo importante es que tengo que dejarlo. Es por su bien. Y lo voy a hacer contigo o sola. Tú decides si me acompañas.

Echenique: ¿Qué pasa si no?

Ella: Nada. Sólo prométeme que dejarás de atenderlo.

Echenique: Eso te lo prometo.

Ella: ¿Entonces que? ¿Vienes conmigo?

Echenique: No puedo. No me atrevo a dejarlo todo.

Ella: ¿Todo? ¿Y qué es todo, Gabriel? ¿Este consultorio? ¿Los pacientes que no eres capaz de curar? ¿Tus paseos por el cementerio cuando visitas la tumba de tu madre? Ya ni siquiera tienes amigos. Una vez cada cinco años conoces una mujer que te interesa, y acabas descubriendo que es exactamente igual a la anterior. Que todas quieren la misma camioneta, la misma ropa, la misma vida. ¿Eso es lo que no quieres dejar?

Echenique: Te tengo miedo.

Ella (*acercándose a él y acariciándolo mientras le habla*): Es normal que me tengas miedo. Estoy aquí para llevarte donde nunca pensaste ir. Soy el lubricante que te hará atravesar paredes, soy tu dignidad perdida y vuelta a ganar. Soy el amor con el que siempre soñaste y el dolor que siempre temiste. Por mí has hecho cosas indecibles. Puedo hacer que mates y que reniegues de Dios si así lo deseo. Puedo hacer que desconozcas a tu madre, pero ésa no es mi intención. Yo lo que quiero es que te acurruques es mis brazos y te relajes como hace años no te relajas. Luego quiero sacarme un seno y pegarlo a tu boca, y que tú lo succiones hasta saciarte, como si fueras un niño recién nacido, con toda su confianza intacta. Quiero volver a criarte, quiero que vuelvas a nacer entre mis piernas y enseñártelo todo otra vez. Quiero que descubras el mundo mientras yo te tomo de la mano y beso tus mejillas. Quiero que pierdas el miedo de una vez por todas y te dejes amar, y quiero que cambies esa piel agrietada por una nueva, húmeda y tersa. Quiero que vuelvas a amar y luego, cuando sientas que yo también te haré daño, quiero voltear a verte, sonreírte con toda la cara y que tú me sonrías de regreso, en complicidad eterna.

Echenique: Me siento como un ladrón.

Ella: *Eres* un ladrón. Acéptalo. Acuérdate de lo que decía Picasso: “Si hay que robar, robo”.

Echenique: ¿Cuándo nos vamos?

Ella: Esta noche. Nos vemos a las siete en el aeropuerto.

Echenique: Ahí voy a estar.

Ella: Eso espero.

Echenique: ¿No me crees?

Ella: Como decía mi padre, nadie tiene la vida comprada. Adiós.

Echenique: Te amo.

Ella: Yo no.

Echenique: ¿No?

Ella: No. Yo estoy enamorada de ti, que es distinto.

Él sonríe. Ella le manda un beso y sale. Él se queda pensativo unos momentos, luego se dirige al teléfono y marca un número.

Echenique: ¿Bueno?... ¿Betito?... ¿Cómo estás, m'ijo?... Oye, ¿no está por ahí tu papi?... ¿Me lo pasas?... Bueno, oye, te mando un beso... ¿Roberto?... Soy yo, Gabriel... Te hablo porque quería pedirte que si me perdonas, soy un imbécil y no debí haberte dicho esas cosas tan horribles. Además quería decirte que te quiero mucho, y que eres el mejor amigo que tengo en el mundo...

Las señoritas de Avignon adquieren un aspecto macabro. Echenique, que está dándoles la espalda mientras habla por teléfono, no nota que una de ellas se ha salido del cuadro y se le acerca en silencio, con un cuchillo en la mano.

Echenique (al teléfono): Gracias, gracias por todo... Creo que voy a llorar... Nunca lo digo, pero tú sabes cómo los quiero a todos. Son la única familia que tengo, y sin ustedes yo creo que ya me habría suicidado. Mándales a todos un beso de mi parte, por favor. Un abrazo, amigo. Adiós.

Roberto cuelga. Ella está justo a sus espaldas. Le toca el hombro con un dedo. Él voltea. Ella le sonríe. Él le sonríe de regreso, con toda la ternura de que es capaz. Ella le clava el cuchillo. Él cae al suelo. Ella le da un último beso y se regresa al cuadro. Echenique agoniza. Momentos después, suena el timbre. Suena muchas veces y se escucha la voz de Grete gritando: "¡Doctor, doctor!" Luego se oye un portazo. Entra Grete, ve al doctor tirado en el suelo y lo toma en brazos, apretándolo contra su pecho.

Grete: ¡Doctor! ¡Va a estar bien, va a estar bien! (Grete saca de la bolsa de su saco una nariz de payaso y se la pone, sin soltar a Echenique.) Doctor...

Echenique abre los ojos. Al ver a Grete con nariz de payaso, le da un ataque de risa que lo hace revolcarse por el suelo, como si fuera un niño. Grete sonríe al ver que Echenique está mejor, pero luego se lleva las manos al vientre y se da cuenta de que él mismo está sangrando. Echenique sigue riendo sin poder detenerse, mientras Grete pierde el conocimiento. Por fin, Echenique deja de reír. Se lleva las manos al vientre y luego se abre la camisa, dándose cuenta de que no está herido. Hasta entonces voltea a ver a Grete, que agoniza.

Echenique: Señor Grete...

Echenique trata de revivir a Grete, pero éste no reacciona. Le quita la nariz de payaso. Entonces, Grete abre los ojos y mira al doctor con ternura.

Grete: Beba por mí, doctor. Beba a mi salud, porque yo ya no puedo beber más.

Grete cierra los ojos. Echenique llora desconsoladamente. Oscuro. Al volver la luz, el consultorio de Echenique ha desaparecido. En el escenario sólo hay un podio con un micrófono. Entra Echenique. Parece estar borracho.

Echenique (*desde el podio*): Muy buenas noches, damas y caballeros. En primer lugar, quisiera pedir una disculpa por mi retraso. Como sé que han estado encerrados aquí todo el día, supongo que no están enterados de que ayer falleció el gran comediante Juan Grete, y toda la gente ha salido a las calles a darle el último adiós a su ídolo. Así es, señores. Mientras ustedes están aquí adentro, teniendo discusiones bizantinas, el país está de luto. El mundo entero lo está. (*Pausa.*) Para quien no lo sepa, Grete fue encontrado muerto muy cerca del Museo Rufino Tamayo, donde actualmente se encuentra expuesto *Las señoritas de Avignon*, el cuadro que más amaba en el mundo. Aún no se han determinado las causas de su muerte, pero los rumores indican que fue acuchillado. Estaba casado en secreto con una artista del performance llamada Jacqueline, que desapareció misteriosamente y es la principal sospechosa del crimen. (*Pausa.*) Yo nunca conocí a Grete, pero puedo asegurarles que sus películas y sus rutinas de cabaret me han enseñado mucho más acerca de la mente humana que cualquier evento de esta naturaleza. Los organizadores de este congreso me hicieron el honor de pedirme una ponencia acerca de la seducción, pero yo no tuve la gentileza de traerla. Paso a explicarles por qué... Para que haya seducción, tiene que haber deseo, ¿no? El autor favorito de mi madre, Tennessee Williams, lo dijo y lo dijo bien: el deseo es lo opuesto a la muerte. Así que ¿cómo iba a hablar yo del deseo si hasta ayer no tenía conciencia mi propia mortalidad? ¿Y qué creen que me dio esa conciencia? ¿Un pinche congreso? ¡Pues no! Me la dio la muerte de Juan Grete. El deseo y la muerte son los contrincantes de la pelea de box que llamamos vida. Y aunque sepamos que al final va a ganar la muerte, hay que apostarle al deseo. Todo esto lo entendí ayer que murió Juan Grete, y considero mi entendimiento como su último milagro. Por este motivo, señoras y señores, propongo que demos por concluidas las labores del día de hoy en este congreso. Es más, propongo que nos olvidemos del congreso para siempre y que declaremos a la psiquiatría como una rama obsoleta de la medicina. Es lo menos que podemos hacer en nombre de alguien como Juan Grete, que era capaz de curar lo que nosotros a duras penas controlamos. Somos un fraude, señores. Deberían exiliarnos del mundo.

De pronto, se alza una voz entre el público.

Voz: ¡No sea payaso, doctor!

Echenique: ¿Ah, no? ¡Cómo no! (*Saca del bolsillo una nariz de payaso y se la pone.*) ¡Me voy! Me voy a unir a un circo y voy a conocer el mundo. Y un día, en Málaga, donde nació Picasso, el circo va a coincidir con una banda de gitanos, y con ellos va a estar la mujer que amo. Y nos vamos a abrazar y vamos a llorar durante días enteros, y vamos a vivir ahí, en Málaga, hasta que la muerte le gane la pelea al deseo. Muy buenas noches.

Echenique se aleja del podio lentamente hasta salir de escena. Mientras lo hace, suenan los primeros acordes de "One More Cup of Coffee (Valley Below)", de Bob Dylan.

Antes del oscuro final, vemos por última vez a Grete, con los brazos en cruz, amarrado al blanco de tiro, girando lentamente. Fin.

